

LA IDEA

S. D.

SEMANARIO REPUBLICANO



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Sixto Ramón Parro, 27, teléf. 133.

Toda la correspondencia referente á anuncios, suscripciones, etc., debe dirigirse al Administrador; pero la política, literaria ó de redacción, se enviará al Director de este semanario. Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán públicamente ó no.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Toledo, un trimestre. 1,25 pesetas.
Fuera de la capital, id... 1,50 >
Número suelto..... 0,10 >
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Pago adelantado.

TOLEDO

Como la tierra en sus entrañas, pule y afina las aristas del mineral en el transcurso de los siglos, y al cabo de ellos nos ofrece la piedra cristalizada y fulgurante, suprema belleza de la materia inorgánica, la humanidad, á través de las edades, cristaliza sus sentimientos y concepciones, y al cabo de los siglos nos ofrece esas cristalizaciones humanas, que se llaman Tebas ó Nínive, Atenas, Roma ó Toledo, donde se hallan condensados los triunfos, las caídas, los dolores y las alegrías de los pueblos y de las razas.

Hermosa cristalización de la patria, hermosa síntesis de nuestra vida en Toledo. Ninguna otra población de España puede parangonarse con ella, como representante del espíritu de nuestra historia, ya que en su recinto ha fijado el arte en sus distintas formas, las diversas fases porque ha pasado el alma nacional. Santiago, León y Burgos, donde la psicología de la reconquista cristalizó en divinas arquitecturas, no tienen representación adecuada de la España romana, goda ó sarracena; Córdoba, Sevilla y Granada, donde la España árabe dejó portentosas maravillas de su oriental fantasía, de su genio sin igual, carecen de representación suficiente del espíritu castellano de los siglos medios: Barcelona, Zaragoza y Valencia, más influidas por las corrientes europeas, principalmente italianas, durante las centurias de nuestra reconstrucción nacional, no aspiran á la primacía en este terreno; sólo Toledo puede gloriarse de guardar esculpido en sus muros el espíritu de nuestra raza, en todos los instantes de nuestra historia.

El que quiera comprender nuestro pasado en toda su belleza, el que quiera sentirle con la palpitante realidad de la actualidad vívida, váyase á Toledo, recuéstese una calurosa noche de Julio sobre las ruinas, restos del Circo Romano, y en el misterio de las sombras, en la soledad de aquel silencio sólo interrumpido por el perenne y monótono murmullo del Tajo, podrá reproducirse fácilmente una fiesta en aquel Circo donde perecieron tantos héroes de la independencia celtíbera y tantos mártires de nuestra primera fe cristiana; una fiesta en aquel Circo, símbolo de la civilización hispano-romana, con las grandezas y las podredumbres que fielmente reflejaba de la Roma imperial: penetre el amante de nuestro pasado en alguna de las viejas iglesias toledanas y soñará la España goda con sus reyes y sus concilios, sus magnates y sus prelados; recorra la ciudad y en sus calles estrechas y tortuosas, en sus casas de recios ventanales y patio con aljibe, resucitará la España árabe, la de los guerreros que cubrían sus férreas armaduras con blancos alquiceles, la de los sabios que extendían por Europa las ciencias orientales, las de las mezquitas, donde se bendecía á Allach y las sinagogas donde se invocaba al Dios del Sinaí, y en su asombrosa catedral, pasmo de la mente y encanto de los ojos, sentirá la fortaleza y la fe de la España de las Navas y del Salado, la de las cartapueblas y los municipios castellanos, y en el soberbio Alcázar admirará á la patria llegada á la cumbre de su gloria y poderío, bajo el cetro del nieto de Isabel la

Católica. Parece que nuestro enamorado soñador debe darse por satisfecho, pero si no le basta, cruce el Tajo, suba sobre alguna de las rocas del cerro vecino, desde donde se domina la ciudad, y al mirarla, sustituya su mente los policromos monumentos por bosques seculares poblados de fieras carniceras, reptiles gigantes, insectos infestantes é infectantes miasmas, prolongue estos bosques por cuanto su vista alcance, y si presta atento oído, escuchará en el silencio de los siglos, el rumor que una tribu ibera produce al avanzar siguiendo la corriente de las aguas; y al llegar al sitio donde éstas tuercen su cauce como queriendo volver á sus manantiales, y rodeando en sus tres cuartas partes la base de la eminencia que será la población futura, oirá discutir á los ancianos y jóvenes de esta tribu, en un idioma primitivo, las ventajas que la naturaleza les ofrece en esta defendida fortaleza y nuestro fantástico soñador asistirá al nacimiento de una de las ciudades más antiguas é ilustres de Europa.

Esa es Toledo; refugio y defensa de una tribu ibera (1); asiento de un régulo celtíbero; residencia de un pretor romano; sede de la monarquía goda, corte de emires sarracenos, capital del reino de Castilla, cabeza del imperio de Carlos de Austria, asiste como directora á las guerras de Italia y á la conquista de América; fija y embellece nuestra habla castellana en las poesías de Garcilaso y en las comedias de Rojas, brilla esplendorosa mientras brilla el genio de la patria, y cuando muere nuestro genio y se eclipsa nuestra estrella, ofrece noble hospedaje á nuestra juventud militar para que, empapada en las grandezas de nuestra historia, que en Toledo se respiran y viven, vaya en días próximos y venturosos á renovarlas en los campos de batalla, defendiendo con su sangre generosa el porvenir de nuestra raza, las verdades de nuestra fe y los derechos de la humanidad.

PEDRO DE ORÚE Y HERNÁNDEZ.

Novés, Noviembre de 1902.

LOS POBRES VERGONZANTES

Nos hallamos en la época de invierno, con el frío que se introduce hasta los huesos y el viento helado que paraliza la sangre y los movimientos del cuerpo humano.

Los pobres, que carecen de lumbre en su humilde hogar y de ropas para el abrigo necesario, se soplan las manos y se frotan las piernas para conseguir la reacción de sus ateridos miembros.

Los ricos se envuelven en sus costosos y confortables abrigos, arrellanándose en cómodos asientos, permaneciendo durante las horas de más frío en sus habitaciones lujosamente alfombradas, respirando el templado ambiente que produce la calefacción de las chimeneas ó estufas y disfrutando de todas las comodidades apetecibles. Se consideran completamente felices y no necesitan soplar las manos; se recrean en su bienestar y en sus riquezas, sin preocuparse, en gene-

ral, de que existen en el mundo otros seres desvalidos, semejantes suyos, que se ven privados no sólo de aquellas comodidades sino hasta de lo que les es necesario para subvenir á las primeras atenciones de la vida, y de un poco de lumbre que encender en sus modestas viviendas, y reaccionar sus cuerpos al regresar del rudo trabajo y evitar que sus hijos mueran de hambre y de frío.

Durante esta época del año se repiten con frecuencia los robos, que son comentados equivocadamente, suponiendo que por causa de tanta miseria los criminales se multiplican de una manera alarmante y los robos se suceden sin interrupción.

Los que tienen hambre, no roban, porque tienen dignidad y vergüenza. Si no la tuviesen, tenderían la mano al transeunte, al devoto que acude al templo; pero nunca para atracarle, sino con el fin de implorar una limosna. ¡Y sin embargo son calumniados por los poderosos con una espantosa crueldad!

Los ladrones *de oficio* son los que cogen lo ajeno, no para atender á sus necesidades, sino para sostener sus vicios y malgastar el producto de sus *honrosas* hazañas en orgías y borracheras con sus camaradas; pero el desheredado se muere de hambre y de frío en un rincón porque le falta valor para robar y le sobra vergüenza para pedir como un mendigo.

Muchísimas veces se ha proclamado en la prensa que es de urgente precisión hacer que desaparezcan los mendigos que piden en las esquinas, recluyéndoles en asilos, y que se atienda á los *pobres vergonzantes* que sucumben en sus casas, principalmente durante esta época del invierno frío.

Existen muchos empleados de reducido sueldo, cesantes, viudas y obreros que no tienen trabajo, que carecen de lo más necesario para su sustento y el de sus hijos, del abrigo indispensable para proporcionarse calor y de una cama donde reposar, viéndose consumidos por la miseria y el frío. De éstos nadie se acuerda, y este olvido incomprensible ocasiona horribles desgracias y gran número de víctimas que deben evitar los que pueden hacerlo.

La verdadera miseria es la que sufren esos infelices abandonados; sus hogares son los que deben visitarse y socorrerse por los poderosos, y no lo tienen presente porque ellos están muy satisfechos en sus casas, disfrutando de lujos y comodidades.

Bien conocida es de todos tal calamidad, y al recordarla hoy, sólo nos guía la idea de llamar la atención, una vez más, á las autoridades y clases acomodadas de esta capital para que acudan á remediarlas, aquéllas proporcionando trabajo á los obreros que de él carezcan, y éstas socorriendo á los desheredados, á los pobres vergonzantes, visitando personalmente sus tristes hogares y endulzando así su desesperación que en algún caso puede ser mala consejera, con lo cual restarán víctimas á la miseria y á la muerte, realizando al propio tiempo una grandiosa obra de caridad.

M. P.

(1) Euskara ó vasconce.